

regla alguna, las impresiones de nuestra alma. Él es espontáneamente frío ó ardiente, vivo ó reposado, tierno ó imperioso, según la idea ó pasión que domina á los interlocutores, según las facilidades ó resistencias que sus palabras encuentran al brotar de los labios en la continuación del diálogo. Pero esta facultad natural que se revela por los pequeños recursos de una elocuencia vulgar, ¿bastará para hacer flaquear á César ó al pueblo romano ensoberbecido, para despertar la indolencia de la Grecia y arrojarla como un torrente sobre Filipo? ¿La naturaleza nos enseñará por sí sola á refutar, á amenazar, á razonar como Demóstenes, á suplicar, á dominar, á halagar al auditorio como Cicerón? ¿bastará ella, sin el auxilio del arte para llenar el amplio espacio de un discurso, en que deben de tratarse los asuntos más serios é importantes de la vida pública, para dar solución á las dificultades más graves y árdidas de que dependen la suerte y prosperidad de los pueblos?

Si el elemento principal de la elocuencia es la pasión, cualquier hombre es elocuente al hablar sobre el asunto que lo apasiona, siquiera no conozca ni los principios rudimentales de la gramática. Pero esto que es innegable, cuando la palabra se emplea en un asunto sencillo, dentro de los límites estrechos de un diálogo, ó para interrumpir al adversario con una salida pronta é ingeniosa, ¿será exacto cuando el asunto es litigioso, cuando la causa de la verdad, de la inocencia ó de la justicia se presenta erizada de dificultades ó envuelta en las espesas sombras con que suelen cubrir la el error y la prevención; si ella es árida ó por razón de particulares circunstancias antipática para los jueces y no cuenta ni con los favores del público que son tan útiles al orador por los alientos y los bríos que le infunden? En tales casos, ¿será á lo menos pru-

dente confiarse en el dón común y natural de hablar, despreciando todo artificio y procurando que la palabra brote de los labios sin orden ni concierto y sólo al compás de las pasiones?

Nosotros creemos que hay en este punto un grave error que desvanecer, porque alentado y sostenido por la presunción y el orgullo, él ha sido la causa de que ingenios felicísimos se esterilizen, y en vez de crear obras perfectas que no sólo consigan la victoria y el aplauso del momento, sino que aseguren una celebridad firme y duradera, apenas sirvan para deslumbrar en el instante en que aparecen, dejando en seguida envuelto en mayor obscuridad al auditorio y ofreciendo vacíos y flaqueza que explota con maestría un adversario hábil y experimentado.

Ciertamente las reglas no dan las disposiciones para la elocuencia; pero ellas las educan y son como una disciplina en que el espíritu se ejercita, mide y ordena sus fuerzas y hace triunfar sus ideas á pesar de todos los obstáculos que á tal intento se opongan.

La oratoria, lejos de ser contraria á la elocuencia, la supone, y sólo trata de poner orden y armonía, belleza y adecuado colorido al discurso que sin los consejos y las advertencias del arte, frustraría la intención de su autor revelando sus dotes naturales; pero también que no podía ejercitarlas con el método y la medida propios del asunto, de la ocasión y de las circunstancias.

Seguramente no bastará poseer las más felices cualidades intelectuales para dominar á los demás por medio de la palabra, que susceptible de perfección como todas nuestras facultades, debe seguir por medio del arte la misma suerte que todo nuestro sér, cuyo destino es luchar sin tregua, ganando cada día con el

trabajo y la emulación, mayor facilidad y belleza para sus obras.

Y cuenta que la elocuencia no brilla principalmente sino cuando combate contra las pasiones conjuradas para resistirla, debemos de reconocer que si la fuerza menospreciara la dirección del arte, la debilidad la inventaría, logrando con sus enseñanzas despertar los entusiasmos y simpatías que parecían reservados exclusivamente para aquella.

Es quizá la oratoria, como todas las artes, fruto inevitable y necesario de la debilidad de nuestra naturaleza. Desde que el hombre ha reflexionado sobre el ascendiente ejercido por la palabra y antes de servirse de ella se ha puesto á meditar sobre la dirección que debía imprimirle para lograr un fin cualquiera, ha nacido la Retórica, cuyo destino es dirigir las facultades de nuestro espíritu poniendo en ellas el método que la naturaleza no podía comunicarles por sí sola.

El arte de la oratoria, por lo demás, no tiene otro objeto que preparar el espíritu por medio de preceptos cuya eficacia para la persuasión ha demostrado la experiencia, á fin de que logre contrarrestar el ascendiente que siempre ejercen sobre el hombre las pasiones y los intereses de la tierra (1).

La oratoria es la teoría de la elocuencia: ésta es su práctica; la una traza los moldes, la otra los llena; la una señala las fuentes, la otra va á tomar en ellas la inspiración y el pensamiento; la una, para servirme de una frase del orador romano, tala una espesa selva, la otra elige y recoje los materiales.

La verdad y la justicia las más veces no se pre-

1 Nam quò indigniùs rem honestissimam et rectissimam violabat stultorum et improborum temeritas et audacia, sumum eum reipublicæ detrimento; eò studiosius et illis resistendum fuit et reipublicæ consulendum. Cic. De invent. rethor.

sentan á nuestro entendimiento como principios claros y precisos; frecuentemente el error y la ignorancia entretrejen entre ellas y nosotros una espesa red de sombras en que se pierde á la continua nuestro espíritu, falto de un guía seguro que esclarezca su marcha, allanando los obstáculos que cierran el paso á la convicción. ¡Cuán difícil es, aun tratándose de las máximas más claras y universalmente aceptadas, reconocer su existencia á través de la multitud incalculable de circunstancias y pormenores con que se presentan los hechos en la inagotable y prodigiosa fecundidad de la vida real!

¿Será inútil el arte que nos enseña á discernir lo accesorio de lo principal, que desgaja cuidadosamente del gran conjunto de pormenores la verdad que buscamos y consigue disipar las nubes que oscurecían nuestra vista?

Los grandes oradores de la antigüedad, cuyas obras han sido admiradas por todas las generaciones, no desdeñaron ejercitar sus dotes en las meditaciones del estudio y en los pacientes y áridos trabajos del arte. De Cicerón afirma Tácito, que nunca fué tan grande orador como después de que la experiencia y el arte habían metodizado sus ideas que eran vastas, y sujetado con el freno de una crítica prudente, sus facultades demasiado propensas á la hipérbole y á la prodigalidad de conceptos (1).

Respecto á Demóstenes, es verdad histórica notoria que poco favorecido por la naturaleza para los combates de la palabra, el arte, el estudio, la medita-

1.... utique ni his orationibus, qua senior jam et juxta finem vitæ composuit id est, postquam magis profecerat usuque et experimentis dedicerat, quod optimum dicendi genus esset. Nam priores ejus orationes non carent vitiis antiquitatis, lentus est in principis, longus narrationibus otiosus circa excessus, tarde commovetur, raro incalescit.

ción constante y la lectura asidua de Tucídides hicieron de él el más grande y persuasivo de los oradores de la Grecia.

No contento el primero con dar gran importancia al arte oratorio, el cual, como se ve por lo que dice un respetable autor antiguo, lejos de ahogar en su alma las dotes creadoras con que pródiga le había regalado la naturaleza, sirvió más bien para ensancharlas y fecundizarlas, dejó á la posteridad los tratados más completos de un arte en que fué maestro incomparable, y logró por medio de ellos hacer de la elocuencia una verdadera escuela, no queriendo que una facultad tan útil y necesaria en las sociedades, quedase entregada al capricho de las pasiones y al solo móvil de la espontaneidad.

La naturaleza moral es, como la naturaleza física, ciega é irreflexiva en las obras que produce, cuando no es dirigida y medelada por el arte: ella traspasa todos los límites, desarrollando una actividad excesiva en que las ideas más claras se pierden ó confunden: agota su sávia en trabajos difusos é inútiles que si demuestran la fecundidad de que está dotada, no enriquecen ni un ápice el caudal de los conocimientos humanos. Por esto, entregada á su solo esfuerzo la naturaleza, no ha producido sino muy pocas obras de escaso mérito, inundando en cambio la marcha del espíritu humano con creaciones monstruosas ó ridículas, que ha ninficionado toda una época y retardado con su mal ejemplo los progresos del arte sobre la tierra (1).

“¿Quereis saber, pregunta Lord Macaulay (2), “cuáles serían las producciones del genio del hombre “entregado á los impulsos de su propia inspiración y “y sin obedecer jamás á los consejos del arte? Ved la

1 La Harpe. Obra y tomo citados.  
2 Estudios sobre el arte en general.

“intrincada selva que os obstruye el paso y oculta todo lo que encierra á vuestra vista; lamentad la pérdida del trigo en los campos cubiertos de zizaña; es-  
“pantáos al espectáculo del torrente que arrastra con  
“cuanto se le opone y convierte en tristes ruinas los  
“sembrados que testificaban el trabajo y las economías del hombre.»

Las reglas, pues, que no tienen por objeto ni crear el genio ni siquiera suplirlo, sirven, á no dudarlo, para poner tasa á las exageraciones á que de continuo se entrega, corrigiendo sus imperfectos avances y logrando con prudentes avisos realizar la belleza, que constituye el ideal del arte.

Un grande escritor lo ha dicho ya: «la gran ciencia del orador consiste muchas veces en saber callar.»

Pero ¿cuál es la verdadera escuela en que debe formarse el orador? Nosotros no queremos hablar aquí de la Retórica que dicta las reglas más convenientes para formar un discurso. Hemos reconocido su conveniencia para que el ingenio no se extravíe, y procurado establecer que ella no es otra cosa que el resultado de las observaciones hechas por los grandes talentos sobre los procedimientos y formas más ingeniosos por que se ha revelado la elocuencia natural. Largo sería y más propio de un tratado extenso, que no del reducido espacio de una disertación, ocuparnos en el estudio de las figuras y de la distribución de partes que deben entrar en la composición de una pieza oratoria.

Mas para indicar el abuso que de la Retórica puede hacerse, cayendo en el extremo contrario á aquel que hemos presentado, queremos establecer cuál es la

verdadera enseñanza en que debe de educarse el orador.

La Grecia tenía dos escuelas: la de los filósofos y la de los *retóricos*: la primera dió hombres que se llaman Pericles, Themístocles, Alcibiades, Xenofonte y Demóstenes; la segunda no produjo sino sofistas y vanos declamadores. Hilvanar palabras que deleitasen el oído, sin decir nada al corazón ni menos al entendimiento; plegarse dóciles á la pasión dominante y no impulsar jamas los espíritus hácia las obras útiles y grandes, hácia los sacrificios y los heroísmos, fué la ocupación de los segundos. La alabanza de la virtud y la defensa del derecho; el esfuerzo sostenido hasta el instante supremo de la muerte por hacer triunfar á despecho de enemigas pasiones la verdad descubierta tras larga meditación; la censura enérgica y constante de los vicios; la tribuna levantada como un antenumberal formidable en que se estrellaban la injusticia de los magistrados y la tiranía de los reyes; en fin, los progresos de una sana filosofía fueron las obras de los primeros.

El estudio del hombre en general y del hombre modificado por las diversas circunstancias de la vida social; el exámen de las instituciones más propias para regir á un pueblo según su carácter y su grado de cultura intelectual; el análisis más prolijo y minucioso de las pasiones humanas, de sus móviles y de sus fines, parecían destinar expresamente para la elocuencia á los discípulos de Anaxágoras, de Sócrates y de Theofrasto. En esta primera edad, como dice Cicerón, “la filosofía era la madre adoptiva de la elocuencia: ella le trazaba el camino que debía de seguir: le daba todas las armas necesarias para combatir: le suministraba todos sus medios, señalándole siempre los senderos de lo justo, de lo honrado

“y de lo verdadero. Así, al mismo tiempo que sus discípulos aprendían á bien vivir, su palabra fácil y variada, profunda y concisa no servía sino para expresar la verdad y comunicarla al alma de los pueblos. El hombre educado en la escuela de los filósofos era, como Aquiles, ejercitado en la palabra y en la acción. (1) *Orator verborum actorque rerum.*”

Basta leer la Retórica de Aristóteles para convencernos de la estrecha alianza que existía en la antigüedad entre la filosofía y la elocuencia; no es una vana recopilación de preceptos escolásticos, sino un verdadero tratado de moral en que se estudian con prolijo cuidado los movimientos de las pasiones humanas y la diversidad de medios suministrados por la observación más atenta para dominarlas y dirigir las.

No sucedía lo mismo con los retóricos: los filósofos les llamaban *obreros de palabras de lengua ligera*. Sus discursos excesivamente ataviados con las galas de la poesía, formados cuidadosamente en los moldes que sólo el afán de agradar les preparaba, parecían la expresión más perfecta de la molición y refinamiento de costumbres. Su construcción era floja é incoherente. Contenían muchos *preámbulos* y muchos *epílogos*; pero nada de la constitución política de un Estado, de la legislación, de la justicia, de las pasiones que debían reprimirse, de los hábitos dignos de ser reformados (2). Y es que los *retóricos* habían hecho de la elocuencia un arte mecánico y pretendían que el orador se formase como un carpintero, poniendo todo su afán en la forma casi escultural del discurso, aunque estuviera falto enteramente de nervio y de vigor por la ausencia absoluta de pensamientos útiles y grandes.

1 De Orat. Cic. Iliada, lib. IX, v. 438.

2 Victorien Fabre, De l'art oratoire dans l'antiquité.

Esta oratoria viciosa contaba para preponderar y extenderse en Grecia, con el oído fino y delicado de los Atenenses, y no dejó de ser uno de los más grandes obstáculos que tuvo que arrollar la viril y vehementemente palabra de Demóstenes: “¿Qué importa, decía “á sus compatriotas, cuando se trata del destino de la “Grecia, qué importa que yo me haya servido de es- “te término ó de tal otro?”

Así los verdaderos maestros de la elocuencia entre los antiguos eran los filósofos. Cicerón les tributa este homenaje, confesando que si él era orador, se había formado en los paseos de la Academia y no en los talleres de los *retóricos*.

En Roma, cuya civilización imitó la de Grecia ofreciendo á los pocos años de la conquista de ésta casi el espectáculo de las mismas escuelas filosóficas como de los mismos dioses, aunque modificados por circunstancias especiales y por el esfuerzo diferente del pensamiento, marcóse también perfectamente la dualidad de géneros oratorios que hemos señalado. Cicerón, después de recorrer en su libro *Del orador* los varios sistemas filosóficos que luchaban en su tiempo, con el fin de investigar cuál era el más á propósito para aliarse con la elocuencia; después de que se decide por la elocuencia peripatética que enseña mejor que ninguna otra á argumentar y encontrar salidas prontas é ingeniosas en los debates del Foro, lamenta la separación absoluta que los *retóricos* introdujeron en Roma, lo mismo que en Grecia, entre los estudios filosóficos y el arte de la oratoria. El orador romano, anticipándose á Lucano (1), comparaba este divorcio al de los ríos, que desprendiéndose de las cimas del Apenino, se dividían y tomaban cursos diferentes, dirigiéndose los

1 Fontibus hic vastis, immensos esucipit omnes. Fluminaque in gemini spargit divortia ponti.—Phars, lib. 2º, V. 403.

unos al mar Jonio que ofrese puertos seguros y tranquilos bajo el bello clima de la Grecia; los otros al de Toscana, que baña un país bárbaro; que está erizado de escollos y de peligros, y sobre el cual el mismo sabio Ulises se había extraviado (1).

Tales eran las dos rutas seguidas por el arte de la palabra en los tiempos antiguos: tales eran también los dos caracteres que tenía la elocuencia en los dos pueblos más grandes que han existido. Ellos se encuentran fundados en la naturaleza misma del hombre, de lo cual son patente prueba todos los progresos que ha realizado la oratoria hasta nuestros días, como que corresponden perfectamente á la doble manera con que por necesidad ostenta la palabra hablada, ya las solas galas de la exterioridad, consistentes en el colorido, en la medida y en la cadencia, ya el pensamiento levantado y grande que en ella va envuelto y que al producirse, avasalla la inteligencia y la voluntad del auditorio.

Así, desde el punto de vista de los estudios á que deben entregarse los amantes de la oratoria, nosotros mantenemos la doble clasificación que hemos encontrado en la historia griega y romana. Creemos que sin negar la conveniencia y aun la necesidad de la retórica para dar orden y método, forma y medida adecuados al discurso, no debe de ser ella el objeto único ni el preferente á que se aplique el afán del orador, pues de la combinación del fondo y de la forma depende la verdadera elocuencia.

Si en la antigüedad fué la oratoria en poder de los *retóricos* arte pobre é inútil que, desdeñando los estudios serios, no sirvió jamás para fundamentar los gobiernos y dirigirlos en su amplia y complicada administración; si sólo los filósofos le dieron el impulso que la condujo en carrera triunfal y majestuosa,

1 Cic. de Orat, lib. III, núm. XIX.

llevándola, ya á las Asambleas políticas donde iluminaba la marcha del Estado, inspiraba sus actos más importantes y conjuraba los peligros; ya á los Tribunales que la escuchaban como un oráculo y dictaban el fallo de los negocios descansando confiados en las opiniones y sentencias de hombres sabios y probos; la misma suerte debe tocarle en nuestros días, más felices sin duda que los siglos de Grecia y Roma, porque más difundida hoy la instrucción en la generalidad de los hombres, muéstranse éstos necesariamente menos dóciles y más descontentadizos ante el poder y los medios que posee el arte oratorio, no consintiendo en ser movidos sólo por el encanto de un estilo esmaltado de colores, sino reclamando de preferencia el vigor y la firmeza del pensamiento, unidos con la ilación más estrecha de los juicios y de las conclusiones que constituyen la fuerza del raciocinio.

“Si á la elocuencia pertenecía en la antigüedad  
 “conocer y mostrar el origen, la naturaleza y las di-  
 “versas fases de todas las cosas, de las virtudes, de  
 “los deberes, de todo lo que constituye las facultades  
 “del alma humana, de todo lo que debe arreglar nues-  
 “tras costumbres y nuestra manera de vivir; si á ella  
 “correspondía establecer los fundamentos del derecho,  
 “de la moral y de las leyes, dirigir el gobierno de los  
 “Estados, y en fin, embellecer por una dicción abun-  
 “dante y adornada, todos los asuntos de cualquier es-  
 “pecie que fueren» (1), no tiene ella en nuestros tiempos un campo menos amplio en que ejercitar sus dotes, un número menos crecido de objetos á que dedicar su actividad, pues que acrecido hasta parecer maravilloso el caudal de los conocimientos humanos, sondeados y analizados muchos misterios de la naturaleza en que se detenía como aterrada y confusa la

1 Cic., de Orat.

razón del hombre, ve dilatarse indefinidamente los límites de su contemplación, multiplicarse á menudo los espectáculos que la hagan brillar é influir poderosamente en nuestras sociedades, no sólo comunicándole el aspecto majestuoso de la forma antigua, sino infundiéndole el aliento soberano y el vigor incontrastable que caracterizan la vida moderna.

Nunca como hoy alcanzaron los estudios filosóficos un grado tan alto de poder y perfección. Ni Grecia ni Roma con sus escuelas inficionadas por los errores paganos (1), que ya buscaban el principio generador de la vida y del mundo en objetos de la naturaleza, ya se apartaban de ella por completo y tomando una tendencia enteramente idealista, lo colocaban en la idea del espíritu; pero que descuidaban por completo al hombre, ó sólo se ocupaban en su estudio para cometer los más graves desaciertos, pudieron contribuir tanto á dar vigor y pensamiento profundo á la oratoria, como las naciones modernas en que penetrando el espíritu de análisis en los senos más ocultos del Universo, interpretados todos los enigmas que encerraba para los antiguos el mundo real; aparte de lograrse una perfecta explicación de las maravillas que adornan la naturaleza y poner claridad sobre muchos objetos antes velados con el manto impenetrable del misterio, se ha conseguido, merced á los servicios de una religión divina y sapientísima, hacer del hombre un estudio perfecto y completo en virtud del cual se sabe, con toda la posible precisión, cuál es su naturaleza, cuál el lugar que ocupa en la creación, cuáles sus deberes y sus derechos, cuáles, en fin, las relaciones que le ligan con su Hacedor, con el mundo y con sus semejantes.

La filosofía greco-romana en que se reflejaba por

1 Castelar. Civilización, Filosofía Griega.